

LA SEGURIDAD Y LA ELECCIÓN MORAL

BILL MCSWEENEY*

Resumen:

El libro *Security Identity and Interests: A Sociology of International Relations* analiza el problema de la seguridad en relaciones internacionales y las lecturas que de este complejo y controvertido tema se han ofrecido desde la academia. El texto traducido es el capítulo final del libro, con el que Bill McSweeney profundiza en una explicación alternativa de la seguridad y del orden social a la que ofrece el neorrealismo, entre otras, proponiendo una "teoría reflexiva del orden social" que se detiene en el carácter fluctuante de esta, y en sus posibilidades de cambio.

Palabras clave:

Seguridad, teoría social, neorrealismo.

Title:

Security and Moral Choice.

Abstract:

In *Security Identity and Interests: A Sociology of International Relations*, Bill McSweeney analyzes the issue of security in international relations, giving due consideration to all the interpretations that this complex and controversial subject has fostered within the academia. The translated text offered in this issue is the book's last chapter. In it, the author elaborates an alternative explanation of security and social order to the one offered by neorealism, among others, promoting "a reflexive theory of the social order" that dwells on its fluctuating character, as well as on its possibilities for change.

Keywords:

Security, social theory, neorealism.

* **BILL MCSWEENEY** es profesor en el Trinity College de Dublín. Este fragmento corresponde a la conclusión de su libro *Security Identity and Interests: A Sociology of International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

El objeto principal de atención de este libro ha sido el problema de la seguridad en el orden internacional: cómo la definimos, cómo la entendemos en relación a las preocupaciones cotidianas, y cómo definimos las amenazas y las políticas resultantes de las diferentes maneras concretas de entenderla. Lo que empezó como un intento de aclarar y desarrollar este concepto, dentro de las aguas relativamente claras de la corriente principal de los estudios de la seguridad, ha terminado en caudales más turbios. Lo que empezó bajo el estímulo de la contribución de Buzan a aquella tradición, ha desembocado, por vía de un desvío, en la tradición de la sociología que él mismo rechazaba. Hay una serie de subtemas, la identidad, los intereses y la elección moral, que han ido confluyendo a lo largo de la discusión y que finalmente, parecen inextricablemente ligados en cualquier buen análisis de la seguridad y de las políticas de seguridad, sea a nivel académico o político.

Además, hubo que resolver el problema de la inclusión de una gama más amplia de necesidades humanas en un término que ha sido tradicionalmente definido de forma restringida y operacional, y sin perder el control analítico de las necesidades de seguridad de las colectividades, incluyendo los estados.

Si vemos éstos temas como subyacentes a la preocupación general por la seguridad, al principio de la discusión se identificó una tesis que los abarca, que ha ido emergiendo gradualmente como la condición para acercarse a la interrelación de los temas secundarios y, al mismo tiempo, como el resultado de identificarlos como tales. Esto tiene que ver con el tipo de mundo dentro del cual emerge la idea de la seguridad y de la política de seguridad. ¿Cuál es el orden internacional del que algunos académicos derivan su comprensión de la seguridad como una realidad objetiva, mensurable y que puede ser manipulada según los mismos principios aplicables a la naturaleza, mientras que otros la perciben en discrepancia radical con la naturaleza?

El análisis histórico de los intentos académicos de aprehender la cuestión de la seguridad en cuanto a su relación con las Relaciones Internacionales nos demuestra la complejidad del tema. La seguridad es sin duda un término escurridizo, que se enraíza en una las emociones humanas fundamentales, y que toma diferentes formas y énfasis al manifestarse en diferentes niveles de la comunidad.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial, cuando los intelectuales empezaron a formalizar los intentos de entender y de explicar los grandes temas de la guerra y la paz, el debate sobre la seguridad y sobre los métodos adecuados para estudiarla no ha quedado nunca enteramente zanjado a favor de una escuela de pensamiento o de alguna de sus rivales. El acercamiento filosófico y multidisciplinar del primer periodo de la Teoría Política nunca fue completamente derrotado por sus sucesores en la Ciencia Política. La idea de que la seguridad en el ámbito internacional debe estar arraigada en la misma definición que el término tiene para los individuos, y que tiene que tener como su principal referente las necesidades de los individuos, nunca ha desaparecido del debate, ni siquiera durante la llamada "edad de oro."

La seguridad tampoco perdió nunca su capacidad para evocar tanto del aspecto

positivo como del negativo. La analogía con la salud se formuló para clarificar la noción de una dimensión positiva de la seguridad basada en una concepción moral de las necesidades humanas. Ésta se mostró para exponer la cualidad normativa de *cualquier* concepción de la salud o la seguridad. Se argumentaba que la seguridad estatal dentro de la escuela tradicional de los Estudios de Seguridad descansa sobre una concepción de las necesidades humanas. Se trata de un juicio moral sobre las necesidades humanas disfrazado de un descubrimiento objetivo o de un axioma de sentido común, que basa la seguridad estatal en la primacía de la supervivencia del estado. Sin ninguna referencia a criterios basados en la evidencia empírica o a justificaciones filosóficas, se asume que los individuos en general son portadores de una jerarquía de intereses o necesidades que sitúa la supervivencia física como primordial, lo que implica una necesidad subsiguiente del poder estatal para movilizarse como instrumento en su defensa.

A pesar de la corriente de ideas humanistas sobre la seguridad que sobrevivieron a la influencia de la tradición de la Ciencia Política, esta influencia ha sido, y sigue siendo, un factor importante que separa la concepción de la seguridad aplicable a las relaciones internacionales de la preocupación cotidiana de los individuos. La elaboración de un método científico por parte de la escuela del realismo estructural, basado en el principio de que el orden internacional constituye un objeto de investigación diferente del orden social, y que es susceptible de ser analizado mediante los métodos cuantitativos propios de una ciencia acumulativa, han jugado un papel importante en esta separación.

Varios supuestos han contribuido a legitimar esta separación. La idea de que no se puede decir nada coherente sobre el orden internacional si el nivel de investigación se reduce al de los seres humanos individuales que lo componen se ha defendido evocando el pecado intelectual del “individualismo metodológico”. Entendido correctamente, el individualismo metodológico es en efecto, una doctrina falaz que relega el actor colectivo de la familia o del estado a la categoría residual de una agregación de individuos, ignorando el elemento inconsciente de la estructura en el condicionamiento del comportamiento individual.

La idea de que la seguridad es un concepto “esencialmente en disputa” es otro presupuesto empleado para legitimar la separación entre la colectividad y el individuo. Se refiere al hecho de que hay algo peculiar en ciertos conceptos sociales que tienen una pesada carga subjetiva —como la paz, la justicia o la seguridad— que los separa de otros conceptos que no son tan disputados. Se ha argumentado que el cultivo de este mito dentro del campo de los estudios de la seguridad funciona como una justificación para evadir el problema de una definición —¿cómo se puede delimitar una idea “esencialmente” en disputa?—. Pero al mismo tiempo permite trapichear con una definición implícita y operacional, cuyos términos soslayan los amplios desacuerdos al nivel individual a favor de los hechos objetivos del “estado”, sus posibilidades y sus vulnerabilidades. Tal y como se explicó en el capítulo 5, no es incorrecto percibir la seguridad como algo esencialmente en disputa; el error yace en presumir que otros conceptos sociales en general —como el estado— son más estables, o menos vulnerables en su definición al cambio de significado, que es una condición de lo social.

En la tradición científica del neorrealismo, el estado se convirtió en el actor irreducible del mundo *sui generis* del sistema internacional. No solo se ignoró de esta manera el entendimiento de los individuos sobre los conceptos generales que dirigían su comportamiento, sino que se ha clasificado a los estados como entidades uniformes e indiferenciadas, en respuesta a los estímulos del ambiente exterior. Como actores atrapados dentro de la estructura amorfa de la anarquía, han sido irremediamente definidos por su carácter o identidad, y por los intereses que impulsaban sus interacciones. Este es el mundo “real” de los realistas, dentro del cual la apariencia de cambio en la identidad estatal oculta la condición inmutable de la naturaleza, para después ser desenmascarada como ilusoria por las leyes inexorables del orden internacional.

Los estados se hacen la guerra, establecen la paz, encuentran el equilibrio unos con otros o cooperan entre sí. Pero según los realistas, nos estaríamos engañando si pensásemos que un cambio de comportamiento indica algo más fundamental o permanente que un cambio de estrategia. Esperar que los estados cambien las bases fundamentales de su carácter, según Waltz, Mearsheimer y sus colegas realistas, sería como esperar el equivalente geopolítico de la transubstanciación. Igual que “los chicos siempre serán chicos”, los estados siempre serán estados. La inseguridad crónica es el medio ambiente, y el egoísmo está en la naturaleza de los actores que han nacido en él. Dentro de esta tradición los estados pueden cooperar, pero no convertirse en cooperativos, y la estructura que los constriñe está a su vez determinada por el carácter de estos actores humanitarios, orientado hacia la persecución de su interés propio.

Desde mediados de los ochenta la ciencia de lo internacional ha sufrido constantes ataques, no solo por parte de los defensores de la paz y los utópicos, que argumentan desde una base ética, sino también por parte de los académicos, que examinan rigurosamente los presupuestos y las afirmaciones de los neorrealistas, dejando así al descubierto las debilidades de sus argumentos. Bajo diversas etiquetas, una creciente cantidad de literatura antipositivista, dentro de la teoría de Relaciones Internacionales, viene intentando aplicar el impulso deconstruccionista de la sociología contemporánea a los conceptos centrales de las Relaciones Internacionales. Este corpus de teoría sociológica en desarrollo ha sido expuesto en la segunda parte de este libro con el fin de calibrar sus posibilidades en el estudio de la seguridad internacional.

Esto ha traído al primer plano del análisis el metatema que trasciende la cuestión de la seguridad, y que también ha sido una de las preocupaciones principales a lo largo de este libro. El argumento es que entender mejor el tipo de mundo en el que vivimos es la condición necesaria para recuperar la dimensión humana y moral de la seguridad y de la política de la seguridad. No es sólo la seguridad, tal y como se la entiende dentro de la escuela dominante de los estudios de la seguridad, la que no supera una evaluación científica basada en sus propios criterios, sino también el acercamiento a la metacuestión que da forma a esta escuela en particular, y al estudio de las relaciones internacionales en general. El argumento teórico de la segunda parte, en consecuencia, se ocupa tanto de la argumentación de una teoría de Relaciones Internacionales que pueda aportar una perspectiva alternativa sobre la seguridad, como de la cuestión específica de la seguridad.

Lo que queda por hacer en este último capítulo es reunir estas dos líneas de argumentación que se ocupan de la naturaleza del orden social y de la cuestión de la seguridad, y ofrecer una comprensión plausible de ambas, alternativa a la que es ofrecida por la corriente principal de las Relaciones Internacionales.

Mundos diferentes, conceptos de seguridad diferentes

Es la discrepancia entre dos perspectivas diferentes de la estructura y la causalidad lo que conforma los dos mundos diferentes que construyen nuestros conceptos sobre la seguridad internacional. Uno de estos acercamientos ve lo natural y lo social como una unidad, ambos formados por elementos objetivos independientes de nuestros intentos de entenderlos, y susceptibles al mismo método de observación y de explicación. El otro ve un mundo social compuesto por la voluntad y los hábitos humanos —elementos básicos de agencia y estructura— que no pueden fusionarse dentro de una regularidad estable que pueda ser medida objetivamente y analizada científicamente.

El que antes hemos denominado acercamiento constructivista a esta realidad particular ve el orden internacional como parte de lo social, y lo social como compuesto por una realidad ontológicamente diferente de lo natural. En la aplicación más generalizada de este acercamiento, influido por la escuela sociológica de Durkheim, la composición básica de la estructura social es cognitiva. Proyectamos un mundo de normas, reglas e instituciones que de este modo adquieren una facticidad que percibimos como la limitación objetiva de nuestro pensamiento y comportamiento. Pero esto es todavía “una objetividad producida y construida por seres humanos”, según Berger y Luckmann, que han contribuido considerablemente a la popularización de este acercamiento. Las instituciones son el producto de las prácticas humanas.

Pero como decimos, sin embargo, el mundo de su teorización no resulta más hospitalario a la voluntad y la creatividad humana que el mundo de la naturaleza que creían reemplazar. Remontarse a las fuentes de las ideas, valores, y prácticas humanas nos ayuda a ver la sociedad como un producto humano en el sentido en el que Durkheim veía las categorías fundamentales de espacio y tiempo, y el impulso religioso, como producto de necesidades y limitaciones sociales. No rescata los seres humanos individuales de las limitaciones impuestas por el concepto de estructura que el trabajo de Berger y Luckmann ha prometido superar. Si la estructura se interpreta como una limitación de la acción independiente del agente, *no importa mucho si también se la interpreta como una entidad cognitiva y no material*. La idea de que la estructura y la agencia humana son entidades independientes abre el mundo social a la búsqueda de generalizaciones causales que tienen el mismo carácter de ley de las que se pueden deducir del mundo natural. Berger y Luckmann han dibujado un sistema cerrado que no es más capaz de explicar el hecho obvio de que las instituciones cambian —a veces dramáticamente— que la gran teoría de Parson a la que pretendían oponerse. Entendieron correctamente que la creatividad humana es la única clave para explicar este fenómeno, pero no pudieron trazar una teoría general que pudiera incorporarla y, al mismo tiempo funcionar como el modelo explicativo de la acción social al que aspiraban.

El construccionismo social y el constructivismo neoliberal

Influída por la tradición del construccionismo social, a finales de los ochenta se introdujo en la teoría de Relaciones Internacionales, bajo la etiqueta “constructivismo”, una perspectiva que prometía una reconceptualización radical de la estructura y la causalidad dentro de las ciencias sociales. Como anotaron rápidamente varios académicos que practicaban tonos diferentes de investigación racionalista, el constructivismo no presentaba necesariamente un desafío a los principios metodológicos y a las presunciones epistemológicas del modo más aceptado de explicar el orden internacional. Los defensores de esta escuela predominantemente estadounidense, vieron la aplicación del trabajo de Durkheim y de sus discípulos como un giro progresivo hacia la sociología y no como un paso atrás a su desacreditado pasado; lo vieron, además, como una alternativa que no les forzaba a llevar sus críticas al neorrealismo de Waltz más allá de la sustitución de una definición material de estructura por una cognitiva.

Alexander Wendt no sólo es la figura principal del surgimiento de esta escuela, sino que también representa a través de su trabajo una posición común sobre los conceptos metateóricos del constructivismo dentro de los estudios contemporáneos de las relaciones internacionales. Su noción de la causalidad y la estructura dentro del orden social está esencialmente alineada con la de Ruggie, Adler, Finnemore y otros¹, y también con un creciente consenso entre los constructivistas de que el suyo es un esfuerzo irenista, capaz de traer armonía intelectual a una disciplina amenazada por los críticos disidentes de su corriente positivista.

En los últimos años ha habido un esfuerzo notable por parte de los académicos de las Relaciones Internacionales para restringir el crecimiento de facciones dentro de la disciplina y para reconciliar las escuelas principales de teoría y metateoría identificadas por Robert Keohane como “racionalista” y “reflexiva”. El tema del Congreso ISA de Washington en 1999, “Una disciplina, muchas perspectivas”, del discurso presidencial del ISA en 1998, y de una inundación de artículos en revistas, confirman una preocupación —generalizada en Estados Unidos, apenas sentida en círculos europeos— por resolver los problemas planteados por Keohane.²

La ambigüedad mencionada en el capítulo 6 con respecto al radicalismo declarado de Wendt, queda parcialmente clarificada en su más reciente consideración de la base metateórica del constructivismo, y merece aquí un análisis más en profundidad a la luz de la discusión teórica de los capítulos precedentes.³ Deja más claro de lo que lo había hecho

¹ RUGGIE, John Gerard, “What makes the world hang together? Neo-utilitarianism and the social constructivist challenge” en *Constructing the World Polity: Essays on International Institutionalization*, Routledge, 1998, Introducción; ADLER, Emanuel, “Seizing the middle ground: Constructivism in world politics” en *European Journal of International Relations*, vol.3, nº 3, 1997, ps. 319-363; FINNEMORE, Martha, *National Interests in International Society*, Cornell University Press, Ithaca, 1996.

² KEOHANE, Robert O., “International institutions: two approaches” en *International Institutions and State Power: Essays in International Relations Theory*, Westview Press, Boulder, 1989; HERMANN, Margaret G., “One field, many perspectives: building the foundations for dialogue”, discurso presidencial de ISA en *International Studies Quarterly*, vol. 42, nº 4, 1998, ps. 605-624.

³ WENDT, Alexander, “On constitution and causation in International Relations” en *Review of International Studies*, 1998, ps. 101-107; véase también *Social Theory of International Politics*, Cambridge University

previamente que no ve “ninguna diferencia epistemológica entre las ciencias naturales y las sociales”, y repite su compromiso explícito con el constructivismo como un puente entre los acercamientos racionalista y reflexivo para explicar el orden internacional. Refiriéndose a las ideas de Hollis y Smith, que ven el modo causal de análisis en las ciencias naturales como opuesto al modo interpretativo, apropiado para el orden social, Wendt afirma que “las actividades intelectuales asociadas con la Explicación y la Comprensión *ambas* son, y deberían ser, practicadas en *ambos* campos”⁴.

Según Wendt, la distinción importante y relevante para nuestro conocimiento del mundo natural y del mundo social, es la distinción entre diversos tipos de explicaciones —“entre explicaciones que responden a varios tipos de preguntas, causales y constitutivas”⁵—. Una relación causal debe cumplir las tres condiciones: que la causa anteceda al efecto, que sea independiente de él, y que el efecto no puede ocurrir sin ella. Una relación constitutiva existe en los casos donde solo la tercera condición se cumple; define las características de una entidad sin las cuales la cosa en sí no existiría. Proporciona la identidad de la cosa observada. Nos dice, por ejemplo, lo que quiere decir hablar sobre una “Guerra Fría”: “La relación entre los factores que constituyen... una Guerra Fría es una relación de *identidad*, en el sentido de que estos factores definen lo que es una Guerra Fría, y no es una relación de determinación causal”⁶.

Esto no quiere decir que Wendt restrinja las explicaciones causales al orden natural y que reserve las constitutivas al social. Al contrario, lo que quiere destacar es que ambas son relevantes para un entendimiento adecuado de las ciencias naturales y sociales. Las ideas pueden tener efectos causales, pero también constitutivos. Por ejemplo, los entendimientos compartidos que *constituyen* las identidades de los amos y los esclavos también tienen un efecto *causal* sobre su comportamiento “funcionando como mecanismos que existen independientemente, que son previos temporalmente, y que motivan y generan su comportamiento.”⁷

La influencia del determinismo de Durkheim no podría ser más clara, proporcionando objetividad e independencia a la consciencia colectiva (significados compartidos) con la misma desatención hacia el carácter reflexivo de la acción social y de lo que Giddens denomina “la doble hermenéutica” del orden social. Tanto en el construccionismo de Durkheim como en el constructivismo de Wendt, la percepción de que los seres humanos construyen el orden social e internacional se convierte en irrelevante para la acción de los individuos por el marco teórico en el cual la acción humana se redescubre como un objeto: un efecto de los factores externos, antecedentes causales que están no menos determinados por “leyes” explicativas que el mundo material de Waltz.

Press, Cambridge, 1999.

⁴ WENDT, “On constitution...”, *op. cit.* p. 102; para su compromiso anterior, véase WENDT, Alexander, “Anarchy is what states make of it: the social construction of power politics” en *International Organization*, vol. 46, nº 2, 1992, p. 394; HOLLIS, Martin y SMITH, Steve, *Explaining and Understanding International Relations*, Clarendon Press, Oxford, 1991.

⁵ Wendt, “On Constitution...”, *op. cit.* ps. 103-4.

⁶ *Ibid.*, p. 106.

⁷ *Ibid.*, p. 107.

Wendt basa su argumento en la distinción cuestionable entre lo constitutivo y lo causal (a las que se refiere confusamente como preguntas sobre el “cómo” y el “por qué”)⁸, y en la visión de que ambos tipos de preguntas son aplicables a las ideas sobre que constituye lo social y lo material del orden natural. Es un reflejo, mal traído, de la distinción más familiar entre las reglas constitutivas y regulativas sobre las cuales Ruggie basó su constructivismo —independientemente de Wendt, pero igualmente fundamentada en Durkheim y en la explicación causal de ideas—⁹. Pero a diferencia de Ruggie, según Wendt todas las reglas tienen un carácter constitutivo y regulativo, dependiendo del contexto desde el que las miremos.

A diferencia de Wendt, preguntar cuál es la estructura de una entidad física como un cuerpo vivo, sólo es pedir superficialmente una comprensión constitutiva *como distinta* de la causal. Toda comprensión del orden natural, que no es reductible a una descripción empírica o a una definición analítica, busca una explicación causal. Podemos describir las partes que biológicamente forman el cuerpo humano en el lenguaje constitutivo —corazón, cerebro, etc.— pero esto no implica que entendamos sus funciones causales. El cerebro humano es un órgano que es antecedente e independiente de sus efectos sobre el comportamiento. Decir que es una parte constitutiva del ser humano es sencillamente una forma analíticamente distinta de la misma expresión causal —un ser humano se constituye al tener un cerebro que funciona de una manera causal particular—.

A la inversa, podemos formular un relato causal de la acción social en términos de antecedentes, pero sólo si la aislamos analíticamente del contexto temporal del que deriva su significado y sólo si ignoramos, o ponemos entre paréntesis, la función del agente en la co-constitución de la acción. En el ejemplo que da Wendt¹⁰, la pregunta “¿por qué Gorbachov dio el paso para acabar con la Guerra Fría?” está formulada para obtener una respuesta causal, invitando a un análisis que apunta a factores causales e independientes como “crisis financiera doméstica” o “superioridad tecnológica estadounidense”. Este es el acercamiento convencional a la comprensión del orden social y es útil para explorar la evidencia empírica y la lógica de la investigación. Pero es una ficción, y un obstáculo para dejar al descubierto el acontecimiento que se está investigando, a no ser que tengamos en mente que el paso de Gorbachov forma parte de un proceso temporal que debe ser desenmarañado, reconstruido, para poder entenderlo. Eso es hacer de la “superioridad”, de la “crisis” y de la “Guerra Fría” conceptos fijos más que significados fluidos. Sin una investigación interpretativa, no podemos saber hasta qué punto la tecnología americana era proyectada como “superior”, y las finanzas domésticas presentadas y vendidas a la opinión pública como “crisis” por Gorbachov y otros que contribuyeron a su acción decisiva. Asumir que Gorbachov vio “la crisis” y “la superioridad” por casualidad, flotando en el éter soviético, y que actuó en conformidad con ello, está injustificado sin una investigación rigurosa sobre los significados que influían las prácticas sociales que formaban parte de la cultura política soviética durante la Guerra Fría.

⁸ *Ibíd.*, ps. 104 –105.

⁹ Ruggie, “What makes the world...” *op. cit.*

¹⁰ WENDT, “On Constitution...” *op. cit.* p. 104.

Un relato “constitutivo” de lo social es uno que descubre las prácticas que permean recurrentemente la construcción de un acontecimiento o concepto social, y que respeta la doble influencia del agente y de la estructura en la co-constitución, o la *co-causalidad*, de la acción social. Si seguimos la lógica de la sociología reflexiva, en la que Wendt proclamó inicialmente basar su búsqueda de una alternativa radical a la teoría de Waltz, toda la comprensión del orden social es y debe ser constitutiva en el sentido explicado. Podemos reformular la pregunta de Wendt. “¿Qué hizo posible el paso de Gorbachov para acabar con la Guerra Fría?” es una pregunta que destaca de una manera más obvia el carácter temporal y procesual de la acción social y sirve para extraer los mismos hechos, pero sin implicar el mismo tipo de relación causal entre ellos.

Podemos ir más allá ilustrando la diferencia entre las preguntas causales, que buscan causas antecedentes, y las preguntas sociales (“constitutivas”), que requieren un análisis contextual del proceso, acudiendo a un problema más común y familiar de las relaciones humanas. “¿Porqué inició Helen el proceso de divorcio?” La respuesta podría ser “porque John tuvo una aventura.” (En Helen y “aventura” léanse Gorbachov y crisis.) Pero a este nivel somos demasiado conscientes de los matices de las relaciones sociales para aceptar de buenas a primeras que la aventura de John pueda representar una causa antecedente e independiente de la acción de Helen. A lo que la pregunta supuestamente “causal” invita es a un relato del desarrollo de la relación que dé sentido al resultado sobre el que se centra.

La diferencia de análisis que hemos explorado también nos sirve para ilustrar cómo los acercamientos racionalista y reflexivo al orden internacional y social no pueden ser zanjados por un acercamiento que simplemente reemplace la estructura material por la estructura ideacional del otro, dentro del mismo marco de explicación causal. La discrepancia entre los dos acercamientos se debe a que miran mundos diferentes: por un lado, uno que se explica por la inferencia causal; y por el otro, uno que está formado por los conocimientos y las habilidades de individuos que monitorizan y manejan estructuras de significado que les permiten comunicar y, al mismo tiempo, constriñen sus opciones, y que no puede ser conocido sin investigar lo que los actores conocen. En ambos mundos necesitamos inferir la estructura y la causalidad. Pero el sentido de estos términos y de sus interrelaciones en la constitución del orden social son tan diferentes como para hacer buena la afirmación de que no hay ninguna epistemología ecuménica que pueda reconciliar esta discrepancia.

Wendt parece haber abandonado la recursividad de la relación agente–estructura que anteriormente había caracterizado su ruptura con la corriente mayoritaria, en beneficio de un acercamiento social construccionista que permite una explicación causal de los acontecimientos sociales según el modelo de las ciencias naturales. “Constructivismo neoliberal” sería la etiqueta más correcta para una escuela que tiene mucho más en común con el énfasis liberal-racionalista en la cooperación transnacional, las instituciones y las normas transnacionales, y en la aporoblemática primacía del estado, que con una agenda de investigación basada en los principios reflexivos de la continuidad entre el actor colectivo y el individual, y en la co-constitución de agencia y de estructura.

Un modelo reflexivo del orden social

La seguridad sólo tiene sentido si los seres humanos individuales son considerados como su referente primario, o sujeto. Si estamos de acuerdo con la presuposición de que la supervivencia física contra las amenazas externas es la necesidad primaria que el estado debe asegurar, entonces lo que sigue es una política tradicional de seguridad basada en el estado. Pero las necesidades humanas en general no se clasifican objetivamente según este tipo de jerarquía. Cuál de las necesidades es la primaria con el propósito de organizar la política de seguridad no es sólo una cuestión de observación empírica, sino también de juicio filosófico y moral.

Se dice que la necesidad básica de la seguridad es la que se manifiesta como tal en la vida cotidiana y en toda la acción social. Es la seguridad de las relaciones sociales, experimentada en la confianza en nuestra capacidad de entenderlas, seguirlas y manejarlas en nuestras actividades diarias. Es de ésta experiencia elemental y común por definición a todos los individuos, de la que derivamos el orden social como la condición general de la seguridad ontológica y del enfoque estructural de la política de seguridad. Una política de seguridad humana, por tanto, no puede derivarse de la agregación de necesidades individuales, por un lado, ni por el otro, atribuyendo *a priori* estas necesidades al estado. Tampoco debería ser concebida en términos de mantenimiento del control social, de la ley y del orden. Esto no debe ser interpretado como una negación de que el orden social en ese sentido sea una consideración necesaria para el funcionamiento del orden social en su sentido más básico que estamos abordando aquí. Cuando los agentes del estado actúan para reducir el nivel de robos en una zona urbana, organizan operaciones encubiertas contra grupos sospechosos de representar una amenaza a las instalaciones militares, o cuando atacan pueblos que supuestamente albergan a terroristas, cada una de estas acciones está dirigida al mantenimiento del orden entendido como control social. Si esto contribuye para sostener el orden social en el sentido básico de las condiciones para la acción social es algo que no se puede asumir de antemano. Pero si una política de seguridad está hecha para cubrir las necesidades humanas, debe servir para gestionar este sentido de orden social y no sólo las condiciones para el control social.

El orden social es la cuestión fundamental de la seguridad, con respecto a la que deben ser juzgadas las políticas del control social. Está relacionada con las condiciones que facilitan la confianza en la predictibilidad y la rutina de la vida social cotidiana. Estas condiciones están obviamente amenazadas por los factores tradicionalmente considerados como amenazas al estado, pero también pueden ser igualmente amenazadas por políticas del estado legitimadas en nombre de una política de seguridad que solo tiene una relevancia negativa para el orden social. El control secreto de la sociedad en la mayoría de los países de Europa del Este durante la Guerra Fría, por ejemplo, estaba calculado para desbaratar el orden social y así poder incrementar el control social del estado. El trabajo de vigilancia de la Stasi en República Democrática Alemana socavaba sistemáticamente la rutina y la normalidad de la vida de la mayoría de la población, con efectos comparables a los de los experimentos que Garfinkel describió en el capítulo 8. La revelación de la debilidad del estado al final de la Guerra Fría por su incapacidad para movilizar el apoyo de los ciudadanos y para resistir el éxodo en masa que siguió, pueden remontarse indudablemente en parte

a su política de seguridad estatal. No asociar este tipo de política de seguridad estatal con el mayor problema de seguridad de la sociedad de Alemania del Este es una de las absurdidades que resulta del acercamiento estatocéntrico de los estudios de la seguridad.

La seguridad del orden social está inseparablemente ligada a la identidad de la colectividad, que es su sujeto. Esto se deduce de considerar el carácter relacional de la seguridad ontológica, tal como se manifiesta en la acción social interpersonal. La acción social está dominada por la cuestión de la seguridad del actor con respecto a la comprensión, las normas y las prácticas comunes y las habilidades de manejarlas. La confianza, que es una condición de este entendimiento mutuo, está basada en la confianza en una identidad compartida, fundamentalmente una identidad común como seres humanos, superpuesta por otras identidades que pueden aumentar o disminuir la confianza de los actores en su capacidad práctica para interaccionar y sostener el orden o la rutina. Cuando esta confianza en el orden social es amenazada o alterada, es cuando se puede hablar de una quiebra de la identidad y de un problema de la seguridad. Cuando las élites nacionalistas procuran fracturar identidades colectivas o construir una nueva solidaridad por encima de antiguas divisiones, lo que hacen es reproducir a nivel colectivo la misma lógica inherente a la acción social a nivel individual. Las políticas de seguridad incorporadas en la expansión de la OTAN y en el proceso de paz en Irlanda del Norte son prácticas de reconstrucción del orden social tanto como de control social.

Sin embargo, si restringiéramos el análisis a la dimensión cognitiva, cultural, entenderíamos mal tanto la seguridad ontológica, como la seguridad al nivel colectivo. Los recursos materiales juegan un papel fundamental en ambas. Así como las relaciones interpersonales no se pueden analizar sólo como la negociación de significado a través del ejercicio práctico de habilidades de comunicación, sin tener en cuenta el desequilibrio del poder que surge del control desigual sobre recursos, lo mismo sucede con la construcción y el control de la identidad colectiva. Los intereses materiales interaccionan con las opciones cognitivas para influir la elección identitaria.

La teoría de la identidad exagera el papel causal de ésta y no da cuenta de la evidencia sobre su manipulación por parte de grupos de interés. Asimismo falla a la hora de dar cuenta del papel de los intereses en la constitución del proceso por el cual los actores saben cuando cambiar a una nueva posición en el *continuum* de anarquía. Las propiedades fundamentales de los estados en el acercamiento neorrealista son, al fin y al cabo, la identidad y los intereses. Ambas están sujetas a revisión desde el punto de vista de su maleabilidad en el contexto de la interacción del estado. Es imposible explicar cómo pueden darse cambios identitarios sin tener en cuenta la dimensión de los intereses en el proceso de aprendizaje. Sería idealista imaginar que individuos o colectividades, que han sido socializados por la historia y la costumbre en una determinada concepción de sí mismos, elegirían cambiarla sin el incentivo o la presión del interés propio. La dinámica de la identidad y los intereses se ha agudizado centrándose en el error opuesto al de la teoría de la identidad —la teoría neofuncionalista—, que exageró el papel causal de los intereses, subordinando la elección de la identidad colectiva a la elección de intereses.

La concepción del mundo social que genera el análisis de la seguridad presentado en los capítulos precedentes es una concepción reflexiva. Lo que conlleva un modelo reflexivo del mundo social se puede resumir, a modo de proposición, de la siguiente manera. La identidad y los intereses están mutuamente constituidos por agentes informados que monitorizan, controlan y manipulan la narrativa de una en función de la otra. Decir que ambos son elegidos por seres humanos individuales es, en primer lugar, afirmar —de acuerdo con el constructivismo, pero a diferencia del neorrealismo— que el comportamiento de los estados es un efecto tanto de estructuras cognitivas *como* de las materiales, de la distribución del poder influido por las ideas. En segundo lugar, la elección se hace en el contexto de la interacción con otros estados dentro del ámbito internacional, y con los sub grupos dentro del estado en el ámbito domestico. Tercero —y a diferencia del constructivismo— las opciones de los estados no están sólo restringidas por la estructura; éstas afectan a la transformación progresiva de la estructura dentro de una relación estructura-agente reflexiva, que no puede resolverse en favor del papel determinante o bien del actor o bien de la estructura. Esto implica, en cuarto lugar, que el concepto de estructura y la concepción de la causalidad dentro de las ciencias sociales deben ser radicalmente diferenciadas de las ideas que se aplican a nuestra comprensión del orden natural. Defender la co-constitución del comportamiento por el agente y la estructura es afirmar la causalidad dentro del orden social, pero no es afirmar lo mismo que entendemos por “causa” con respecto al orden natural. En el mundo real, en contraste con el que invoca como tal la corriente mayoritaria de los analistas de la seguridad, no hay ninguna estructura objetiva que pueda funcionar como una causa independiente de las relaciones sociales. No hay nada ahí fuera en el comportamiento social que se pueda entender como efecto de acontecimientos o condiciones que son independientes del agente humano. Este es simplemente otro tipo de mundo.

Finalmente, se puede inferir que nuestra capacidad de explicar el comportamiento de los estados u otros actores en términos de generalizaciones basadas en la observación de regularidades y patrones está estrictamente limitada por la naturaleza del mundo social en sí, y no por su complejidad empírica o por la limitación de nuestra inteligencia, en principio superable con la ayuda del tiempo y de la tecnología. Que podamos observar regularidades e utilizarlas para construir una explicación del comportamiento que no se restrinja a la experiencia de los actores, es la postura filosófica que aquí se defiende frente a un postmodernismo radical. Por lo tanto, se acepta la meta-narrativa; algunos relatos de la realidad social son superiores a otros. La evidencia nos permite afirmar, por ejemplo, que factores estructurales cohiben la capacidad de los agentes en el subcontinente indio de optar a favor de sus intereses comunes y de la identidad india o pakistaní transformada que de ahí podría resultar, o que los componentes de la identidad de los serbios e irlandeses no están dados por la naturaleza, ni determinados por la historia, ni son maleables sin más por la voluntad independiente de los políticos en el poder.

Declarar que existe la posibilidad de generalizar sobre el comportamiento humano es afirmar lo obvio. No podríamos hablar sin las definiciones generalizadas que nos proporciona el lenguaje; los seres humanos no podrían comunicar en absoluto si no fuera dentro del contexto de las definiciones y las prácticas comunes, estructuradas por la acción repetitiva

y reafirmadas rutinariamente a través de normas y reglas. Pero *las generalizaciones no son leyes*; son recursos que los actores utilizan para hacer posible la acción, para dar razones para la acción, y por tanto para ser apropiadas en sí mismas como un elemento de la acción. Las generalizaciones circulan a través del marco del orden social, del observador al agente, del agente-observador al comportamiento, haciendo imposible concebir una ley social que funcione para la acción social como la ley de la gravedad. Las regularidades del orden social, que constituyen la base objetiva de todos los intentos de construir una ciencia de lo social son siempre, en alguna medida, el logro de actores individuales y nunca meramente el efecto de la limitación externa. La regularidad y los patrones sociales son como las sombras en la caverna de Platón: son reales, pero no son el tipo de entidades que nuestros hábitos perceptuales nos han acostumbrado a ver.

No puede existir ningún modelo *explicativo* del comportamiento social que de cuenta al mismo tiempo la capacidad del individuo de escapar de las restricciones de la estructura y de promover su transformación. Si queremos leyes para la acción social, tenemos que construir descripciones mensurables de ella que puedan expresar con exactitud las regularidades observadas; y que las relacionen con propiedades causales de la estructura que sean independientes de los conocimientos y las habilidades del actor para incorporarlas en la acción en sí. Si rechazamos la posibilidad de este tipo de modelos no es sólo por el fracaso de las ciencias sociales en construir el cuerpo de conocimiento acumulativo que se podría esperar si el comportamiento humano fuera susceptible de explicación científica. Es porque la acción social y el orden social no son el tipo de sujetos que se prestan a este tratamiento. Ante la evidencia de la creatividad humana y el cambio social, por una parte, y las recurrencias y la no arbitrariedad del comportamiento por otra, lo que se requiere es una explicación de la agencia y la estructura alternativa a aquella que resuelve la tensión entre ambas a favor de una o de la otra. Esto implica la concepción fundamentalmente diferente de estructura y causalidad de una sociología reflexiva.

Podemos predecir algún comportamiento humano, individual y colectivo, con precisión estadística, con el resultado del incremento de la tasa del seguro para ciertos grupos de conductores, mejores resultados educativos para los niños que provienen de ciertos grupos sociales, o el incremento de medidas de defensa en condiciones de tensión interestatal. Pero estas predicciones son inestables por motivos que no se pueden aplicar a la física o a la microbiología. Son siempre vulnerables al deslizamiento del campo del observador al del comportamiento, permitiendo al conocimiento de la predicción integrarse como parte del motivo de su cumplimiento o como un factor importante en su falsación. De este modo jamás está claro para un observador externo si, o en qué medida, la predicción de un escaso éxito educativo es acompañada por los alumnos con el propósito de cumplirla o de contradecirla. Sólo a través de un análisis sensible a la reflexividad y la temporalidad de la acción se puede desvelar a la predicción social como autocumplida o autonegada.

Nos podemos hacer una idea de cuan diferente es este mundo de aquel del acercamiento positivista a las ciencias sociales comparando las diferentes perspectivas que éstas nos brindan sobre cuestiones de interés teórico para ambas. El cambio social no es algo que le ocurre esporádicamente al orden social y que requiere unas herramientas de

investigación especiales para entender la ruptura de la estabilidad que implica. El cambio social es el orden social, esencialmente inestable, fluido y contestado en su naturaleza. Los principios normativos no son un factor que se inmiscuye en los asuntos internacionales desde el margen; constituyen la acción social, proporcionando las normas y los estándares que legitiman su aceptación o su ruptura con una cierta noción de lo rutinario, lo normal, o lo estable. El tiempo y la historia no son dimensiones añadidas al proceso de investigación, que podemos dejar a un subgrupo de académicos especializados que se dedican a ellos. El tiempo es parte constituyente de la acción social; sólo en la medida en que entendamos su desarrollo temporal podremos entender lo que quiere decir describir un acontecimiento, ya sea una carrera armamentística, una amenaza nuclear, o una pérdida personal.

La reflexividad como seducción

Una sociología reflexiva de las relaciones internacionales ve el orden social como una realidad fluida e inestable, constituida por seres humanos que se relacionan a través de las costumbres —a través de practicas sociales que se apoyan en las costumbres para dar sentido al comportamiento—, y que al mismo tiempo se constituyen a sí mismas como habituales. (El término de Bourdieu “habitus” en lugar de “estructuras”, “normas”, y “reglas” es útil para llamar la atención sobre la incrustación de la estructura en las prácticas humanas, del carácter dado por supuesto o no-reflexivo¹¹ de la observación reflexiva del hábito o de la rutina —frase que se puede considerar en este contexto como una definición del orden social—. ¹²

Este tipo de mundo se mantiene unido y se vuelve coherente mediante conceptos que también son fluidos, inestables e incrustados en las prácticas humanas, en agudo contraste con la comprensión de los conceptos sociales en la tradición objetivista de la ciencia política. Los hábitos tienen una propiedad seductora. Proporcionan una manera fácil de obtener comprensión y comunidad, la comprensión en analogía obvia con el lenguaje; la comunidad, en el sentido de que nuestra identificación con otros (o contra otros) en todo nivel de comunidad depende de una aceptación irreflexiva de las prácticas y de las normas comunes señaladas por signos de identidad comunes, como la religión, el lugar de nacimiento, el color de la piel, etc.

No hay ninguna explicación persuasiva del por qué deberíamos desarrollar y cambiar algunos hábitos de la comunidad a distinción de otros, a no ser que incluyamos el interés propio como hábito, en interacción dinámica con la dimensión cognitiva de la identidad. Como se mencionó en relación al fundamentalismo unionista de la Irlanda del Norte, hasta los hábitos comunitarios que parecen trascender los intereses deberían ser entendidos históricamente en términos de la dualidad entre identidad e intereses.

Lo que en el capítulo 9 hemos llamado un modelo seductor de la seguridad, refleja tanto la fluidez y la incertidumbre como la incrustación en las prácticas y los intereses

¹¹ Nota del traductor: en el texto original, el autor recurre a un juego de palabras (the taken-for-granted, or non-reflective character of the reflexive monitoring of habit or routine) , y así poniendo énfasis en el hecho de que no es, en efecto, el producto de una reflexión.

¹² BOURDIEU, Pierre, *The Logic of Practice*, Polity Press, Cambridge, 1993, capítulo 3.

humanos, que provienen de este marco de las relaciones internacionales. Ambas partes del conflicto en la Irlanda del Norte están siendo seducidas por una nueva serie de prácticas y por un nuevo *habitus* identitario, en el sentido de que ambas partes deben considerar las ventajas y los riesgos de una narrativa reconstruida, compatible con nuevos intereses, frente a la anterior, que no era menos el producto de la gestión de las élites sobre los factores materiales y culturales que la que se ofrece hoy. Los unionistas parecen tener que esforzarse y sacrificarse más que sus rivales nacionalistas para aceptar el nuevo proyecto. Esta es una ilusión que adviene del hecho de que se ha paralizado la descripción de su identidad en las condiciones atemporales del Acuerdo de Belfast y en el contexto inmediato de un conflicto de treinta años de duración. El tiempo es esencial en la descripción y la interpretación de los hechos históricos, incluyendo la identidad unionista. El unionismo siempre fue un proyecto social para el cual se manufacturó una identidad británica específica con el fin de servir a los intereses materiales y políticos de una sección de la población contra la amenaza planteada por la otra. Con el tiempo, el éxito político de este proyecto transformó la identificación del unionismo en algo habitual y más fácil de separar de los intereses implicados.

Como todos los desaventajados políticos, los nacionalistas siempre han tenido durante los últimos treinta años un olfato sociológico más agudo para el carácter reflexivo de este proyecto unionista. Cuando sus rivales marchaban gritando “libertad” y “no al papado”, exhibiendo los símbolos de la identidad protestante sitiada, los nacionalistas sintieron el olor del poder. Ahora que tanto ese poder como esa identidad están en un proceso de reconstrucción, no es sorprendente que los unionistas perciban el papel de los británicos en este proceso de una manera más clara y más escéptica, como “un complot astutamente diseñado para obligar a la gente del Ulster a rendirse y acelerar el fin de la Unión y de su identidad británica.”¹³

La seguridad como elección moral

Se ha dicho que la seguridad depende de cómo elegimos nuestra identidad y nuestros intereses. A lo largo de este libro, el énfasis en la elección subraya su oposición a las teorías deterministas de las relaciones internacionales. Si los estados viven en una jungla, en parte es porque así lo construyen ellos mismos; en la búsqueda de leyes en la política internacional, al no tener en cuenta su construcción social, los académicos confabulan para su reificación y distorsionan el mundo objetivo que pretenden explicar.

Pero la afirmación de que somos lo que queremos ser, y el corolario de que nuestros intereses no están dados por naturaleza sino por elección humana, sugieren una perspectiva claramente voluntarista de la acción social. Volviendo al ejemplo del lenguaje: si el lenguaje es evidentemente una construcción social, ¿cómo deberíamos entender la libertad y la creatividad de los miembros individuales de una comunidad lingüística? ¿Seguro que experimentan el lenguaje como algo que los constriñe, y no como una especie de plantilla sobre la que escribir sus propios términos y reglas? La religión y la identidad

¹³ La respuesta oficial del Partido Unionista del Ulster a la propuesta anglo-irlandesa, “Frameworks for the future” (“Marcos para el futuro”), sobre las negociaciones de todos los partidos sobre el futuro de la Irlanda del Norte, diciembre 15, 2005. Véase *The Irish Times*, 16 de diciembre de 1995.

nacional son también productos de la actividad humana y deben ser entendidos, por tanto, como productos contingentes de la elección humana. Sin embargo, los que nacen y viven en un medio musulmán fundamentalista, o en el centro de los Estados Unidos, no son probablemente conscientes de las opciones disponibles y, si lo son, no se sienten libres de elegirlos.

De algún modo, ser hombre o mujer, egoísta o cooperativo, es una elección humana. No obstante, en la práctica, hasta los que son completamente conscientes de la maleabilidad de la identidad de género o política no son tan libres de elegir como el término “elección” sugiere. Margaret Thatcher era tan libre de resistir la tentación de tomar represalias militares contra Argentina en el caso de las Malvinas en 1982, como Anthony Eden de elegir una estrategia distinta que la invasión del Suez en 1956. Ambos tenían otras alternativas. Pero en el caso de Thatcher, el análisis coste-beneficio en el ámbito doméstico daba unos incentivos abrumadores para entrar en el juego del interés nacional y aplicarlo al mundo real. Lo mismo puede decirse de la relación de competencia establecida entre India y Pakistán con las explosiones nucleares en mayo del 1998.

La conciencia de que nuestra situación nace de elecciones humanas tomadas en algún momento y que podrían haber sido diferentes, no nos emancipa de sus constreñimientos. Contrariamente a la perspectiva social constructivista y sus herederos dentro de la escuela constructivista de Relaciones Internacionales, el conocimiento de que el orden social y sus conceptos son productos humanos, no libera a los actores del determinismo de la estructura, y abre de esta manera la explicación estructural a la dimensión creativa necesaria para explicar el cambio social. Para decirlo de otro modo, la diferencia que Durkheim establece con el orden natural de causa y efecto, simplemente reemplaza los elementos materiales por los culturales.

No podemos hacer constante la excepción empírica de que algunas elecciones sobreviven al determinismo de la estructura, dentro de una concepción de agencia y estructura que la elimina. La conocida concesión de Waltz a la agencia, en su modificación del determinismo en su *Teoría de la política internacional* por el “constreñimiento estructural” de sus textos posteriores, no es una concesión en absoluto¹⁴. No constituye más que el reconocimiento del hecho obvio de que las teorías sobre la política internacional no han conseguido producir la sólida explicación causal a la que aspiraban, y que está implícita en la lógica del modelo explicativo que Waltz todavía defiende. Su idea de la estructura como un factor independiente que a veces obliga a los agentes a actuar o a abstenerse de actuar, y que a veces coacciona de una manera más discreta, es simplemente una declaración menos rotunda que la posición original; la lógica es todavía determinista, en cuanto postula una bifurcación radical entre estructura y agencia, en vez de una relación dinámica de elementos de un único momento de acción.

La concepción de agencia y estructura que se defiende en el capítulo 8 implica que el agente tiene la libertad de actuar de otra manera. Implícita en la afirmación de

¹⁴ WALTZ, Kenneth, “Response to my critics” en KEOHANE, Robert (ed.), *Neorealism and its Critics*, Columbia University Press, New York, 1986, p. 343.

que elegimos nuestra identidad está la precisión hecha primero por Marx: pero no en las condiciones que nosotros elegimos. La libertad del agente de elegir otras opciones es la implicación lógica necesaria de una teoría de la dualidad de estructura y de agencia, como la hemos presentado. Esto implica que nunca puede darse un caso de acción social en el cuál el agente no tenga opciones de elegir.¹⁵ Sin embargo, esto no nos dice mucho más sobre las condiciones concretas que no son la elección del agente, y tampoco sobre el nivel de libertad de los agentes específicos para resistir a sus limitaciones particulares, aparte del hecho de que los agentes tienen opciones. En abstracto, la declaración que elegimos nuestra identidad y nuestros intereses —y junto a ellos, nuestro modo de seguridad— no niega las graves limitaciones impuestas a la elección por la historia, la ignorancia, y por el desequilibrio del poder. Niega la implicación de los modelos deterministas de explicación, tanto en sociología como en ciencias políticas: que los agentes no tienen opciones que puedan cambiar la estructura fundamental que es causa de su comportamiento. Hasta la grave limitación sobre la libertad de elección del agente que se hace evidente en condiciones laborales de explotación requiere que cualquier explicación de su comportamiento tome en consideración las opciones básicas entre conformarse o resistir al constreñimiento de la estructura¹⁶.

El papel de la elección humana en la construcción del orden internacional puede ser disfrazado de necesidad por el agente, haciendo más fácil para el teórico tomarla por tal. Esto se discutió en relación con la “doble hermenéutica”, y merece volver a afirmarse aquí por su relevancia para la cuestión de la elección y la limitación. La teoría de Relaciones Internacionales ha entrado reflexivamente en el mundo que aspira entender. Los conceptos de soberanía, estado, anarquía, disuasión, interés nacional, seguridad nacional, todos surgieron de la interacción dinámica entre teorías de “primer orden” del orden social por parte de miembros no expertos de la sociedad y las explicaciones de “segundo orden” elaboradas por los teóricos profesionales. La influencia mutua entre los dos niveles de significado implica una inestabilidad irremediable en el núcleo del objeto investigado de los académicos de las Relaciones Internacionales, e introduce la profecía autocumplida como un elemento inherente de la realidad social.

La asimilación en el lenguaje común de los conceptos técnicos acuñados por los expertos para conceptualizar patrones y relaciones causales en el comportamiento humano es familiar desde hace mucho. Por ejemplo, las teorías académicas sobre la superioridad racial se transforman en modos corrientes de construir la realidad social y de organizar el comportamiento social y económico que, a su vez se presentan a sí mismos como el mundo real, como la evidencia “objetiva” que sostiene las teorías académicas. Una condición de la fuga conceptual del nivel técnico al nivel vulgar de significado es que los actores no son marionetas, sino agentes conscientes que adoptan ideas profesionales para sus propios objetivos. Como con la estructura en general, nos apoyamos en ideas de

¹⁵ GIDDENS, Anthony, *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, 2ª edición, Macmillan, Londres, 1995, p. 63.

¹⁶ GIDDENS, Anthony, “A reply to my critics” en HELD, David and THOMPSON, John B. (eds.), *Social Theory of Modern Societies: Anthony Giddens and his Critics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, p. 258; *The Constitution of Society, Outline of the Theory of Structuration*, Polity Press, Cambridge, 1984, p. 174 y siguientes.

segundo orden y las *utilizamos para cumplir objetivos que ya entendemos*, de lo contrario seríamos tan indiferentes a las teorías racistas como la mayoría de nosotros los somos a la macroeconomía. Los teóricos racistas no son completamente responsables de las prácticas racistas. La doble hermenéutica de la acción y los intentos de los teóricos de entenderlo destacan la *mutua* dependencia de las teorías de los legos y de los expertos; también descalifica tanto la perspectiva subjetivista de la autonomía del agente, como la perspectiva objetivista de la independencia de la estructura.

La profecía autocumplida analizada en términos de la doble hermenéutica se convierte en “autocumplida” por los actores y luego devuelta como “hechos” integrados en el discurso técnico. De esta manera, la observación de que la estructura determina que los actores se comportan en términos de un patrón regular implica —en la lógica de la doble hermenéutica— que los actores emplean esa observación en cierta medida para cumplir la regularidad observada.

Waltz no investiga los intereses y las intenciones de los estadistas al nivel adecuado para revelar esta fuga del significado, tachándolos *a priori* de irrelevantes. Deberíamos preguntarnos, entonces: ¿cómo sabe Waltz que el principio causal de la anarquía, que identifica como una variable estructural independiente deducida de la observación del comportamiento estatal, no es simplemente el “principio causal” formulado por los actores estatales para justificar, racionalizar y explicar teóricamente su comportamiento como la única alternativa posible? Quizás en ningún otra disciplina más que en Relaciones Internacionales sea probable que agentes clave —los estadistas— asimilen lo que Garfinkel llama los conceptos de segundo orden de los teóricos profesionales y los utilicen estratégicamente para objetivos que ellos entienden como agentes.¹⁷

El juego entre la libertad y la limitación dentro de un modelo reflexivo del orden social se puede también ilustrar en relación a la seguridad y a la seducción implícita al manejar identidades e intereses invocando la causa de la seguridad. Retomando nuestra discusión sobre Irlanda del Norte y la Unión Europea, se afirmó que el proceso de transformación de las identidades colectivas fue facilitada por la consciente manipulación de intereses. Como la seducción en su sentido más común, esto creó un dilema para los actores que sabían lo que estaba ocurriendo, y que sintieron de manera diferente la presión de los intereses frente a la necesidad de mantener la narrativa de la identidad. No obstante, nos equivocáramos al afirmar que su libertad para elegir fue de esta manera negada, como reclamaron algunos unionistas en Irlanda del Norte. La negación de la libertad en estos casos de seducción es estratégica, porque el conocimiento de los actores sobre lo que está pasando incluye el conocimiento de que tienen opciones. Este tipo de negación respecto a la seducción colectiva tiene una interesante afinidad con el concepto de “mala fe” de Sartre con respecto a la seducción al nivel individual.

¹⁷ En sus llamamientos al “interés nacional” o al hecho de que “no hay alternativa”, los estadistas como Nixon o Thatcher son un ejemplo de esta habilidad reflexiva de los actores para proyectar la necesidad en condiciones de contingencia. Estas prácticas dentro del ámbito internacional contribuyen a la objetivación de la anarquía, llevando a los observadores a deducir erróneamente que la estructura objetiva está independientemente causando las prácticas en primer lugar.

Sólo podemos deducir de manera imprecisa hasta qué punto el peso de la historia, del hábito o del desequilibrio del poder limitan nuestra capacidad de elegir quién queremos ser (y contra quién queremos estar), o qué intereses materiales queremos perseguir, a través del análisis interpretativo de la evidencia empírica. Sin embargo, se sigue del análisis de la acción social presentado en este libro que, en todos los casos, tanto la identidad y los intereses como las implicaciones para la seguridad que resultan de ellos, son opciones humanas situadas en condiciones históricas y no el producto de leyes o de estructuras externas del agente. Al principio de los años veinte, las mujeres en general, y no sólo las feministas reflexivas, sabían lo que hacían al asimilar las teorías de las leyes naturales sobre la diferencia de género en sus vidas cotidianas. Sabían en el sentido práctico que tenían la opción de conformarse al mundo en que vivían, o de rechazarlo —y enfrentarse a las consecuencias— o de adaptar la teoría del género a circunstancias e intereses específicos. La diferencia entre los dos grupos era que las feministas podían articular estos conocimientos prácticos a través de una contra-teoría. Sus opciones estaban todavía seriamente limitadas por los castigos a los que se enfrentaban, pero su libertad se amplió con el conocimiento de que la teoría de género era una construcción social susceptible al cambio, que dependía de la aceptación y la reproducción de los agentes para su efecto causal.

En este sentido, el conocimiento crea una diferencia importante en la agencia; no sólo que el conocimiento del mundo está socialmente construido en el sentido de Durkheim, sino también que es susceptible a que la agencia humana lo reconstruya. Saber que tenemos opciones es una condición necesaria para nuestra capacidad de elegir. El conocimiento se hace políticamente disponible para la causa del cambio social en la medida en que sea discursivo y tenga la capacidad de ser articulado teóricamente. Una teoría reflexiva del orden social puede, por este motivo, sostener el impulso moral y emancipatorio de una teoría crítica de Relaciones Internacionales, que pretende dejar al descubierto la contingencia de todos los acuerdos sociales, y de las opciones e intereses humanos de los que resultan, fomentando de esta manera, la posibilidad de construir alternativas al orden internacional y a la organización de la seguridad internacional.

→ Artículo traducido del inglés al castellano por Corina MAVRODIN y Maite BARRERA.